

Resucitados con Cristo, ¡proclamemos su salvación!

Jonás 2

¡Cristo ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado!

¡Amén! En verdad, Cristo ha resucitado y, en verdad, él vive por todas las razones mencionadas en el himno de Pascua, «Yo sé que vive el Salvador». Sabemos que nuestro Redentor vive para bendecirnos con su amor y abogar por nosotros en lo alto. Él vive para silenciar todos nuestros temores, enjugar nuestras lágrimas y calmar nuestros corazones atribulados. Él vive para impartirnos todas las bendiciones. Él vive para llevarnos sanos y salvos allí, a la mansión que él mismo preparó con su cruz. ¡Nuestro Redentor vive! ¡Aleluya!

¡Y porque él vive, nosotros también, sus redimidos! Por las aguas del bautismo tú y yo hemos cruzado de la muerte a la vida. Vivimos, toda la gloria a su nombre... Pero eso plantea una pregunta que realmente cambia la vida. ¿Por qué razón vivimos? Permítanme preguntarlo de esta manera: si nuestro Redentor que vive compusiera un himno de Pascua sobre usted y sobre mí titulado "Sé que mis redimidos viven", ¿cómo serían las estrofas? Vivimos... ¿para qué?

Esa, queridos compañeros redimidos que viven, es la pregunta que responderemos a partir de hoy, el domingo de la resurrección, y durante las siete semanas de Pascua que siguen las seis semanas de Cuaresma. Al responder a esa pregunta, permítanme anticiparles también esto: nos sentiremos fortalecidos para cumplir los propósitos por los cuales hemos sido resucitados. Así que, vamos, pueblo del Rey resucitado. Abran sus folletos, y prepárense. Porque el Redentor que vive va a obligar a la muerte a escupirlos para que vivan como las personas que él los resucitó para ser.

La primera lectura, de Jonás capítulo 2:

Entonces Jonás oró al Señor su Dios desde el vientre del pez, ² y dijo:

«Señor, en mi angustia te invoqué, y tú me oíste.

Desde el fondo del abismo clamé a ti,

y tú escuchaste mi voz.

³ Me echaste a las profundidades del mar,

y las corrientes me rodearon;

¡todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí!

⁴ Entonces dije:

**“Me has desechado delante de tus ojos,
pero todavía he de ver tu santo templo.”**

⁵ Las aguas me rodearon hasta el cuello,

y el abismo me envolvió.

¡Las algas se enredaron en mi cabeza!

⁶ Bajé hasta los cimientos de los montes;

la tierra echó para siempre sus cerrojos sobre mí;

pero tú, mi Señor y Dios, rescataste mi vida del sepulcro.

**⁷ Cuando dentro de mí desfallecía mi alma,
me acordé de ti, Señor,
Y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo.**

**⁸ Los que siguen vanidades ilusorias,
abandonan tu misericordia.**

**⁹ Pero yo, con voz de alabanza,
te ofreceré sacrificios y cumpliré mis promesas.**

La salvación es tuya, Señor.»

¹⁰ Y el Señor ordenó al pez que vomitara a Jonás en tierra.

Tenemos que vivir la Pascua literalmente para ser útiles a Dios. Permítanme ser claro acerca de lo que quiero decir con vivir la Pascua literalmente. Quiero decir que tú y yo, junto con toda la compañía de creyentes en Jesús llamada la Santa Iglesia Cristiana, todos tenemos que morir y luego resucitar de entre los muertos. Y permítanme ser más claro y específico aún: Dios - ¡sí, Dios! - tiene que matarnos. Tiene que matarnos sin matarnos físicamente. Luego tiene que resucitarnos de entre los muertos. La muerte y la resurrección deben sucedernos a cada uno de nosotros, para que estemos verdaderamente vivos, para que vivamos para Cristo y seamos lo que Él nos llamó a ser. Si Dios no hace esto, si no nos mata y nos devuelve a la vida, nunca seremos muy útiles para él ni para nadie más, al menos no de la manera que más importa.

Ahora, si tienes dudas de lo que estoy diciendo, o piensas que estoy exagerando y siendo muy dramático, tengo una palabra para ti: Jonás. Sí, como en este profeta a quien acabamos de oír orar desde el vientre de un pez. Si alguna vez hubo un hombre de Dios, un cristiano, un ministro del evangelio, que necesitaba morir, que necesitaba que Dios lo ahogara en las profundidades y lo trajera de vuelta, para que realmente fuera lo que Dios lo llamó a ser, ¡fue Jonás! ¿Alguna vez te ha llamado la atención algo sobre el libro de Jonás, algo que pensaste: "Esto es extraño"? No, no lo del pez. Eso no es tan raro o extraño para el Dios todopoderoso. Él puede hacer cualquier cosa. Él puede salvar por cualquier medio. Lo raro de este libro es que es de un profeta, pero, casi no hay profecía en el libro. Jonás no es como el libro de Joel, Amós, Abdías o cualquiera de los otros llamados profetas menores. Casi no hay profecía en Jonás, aparte de tal vez su sermón a los ninivitas: "40 días más de gracia para Nínive". A lo que me estoy refiriendo es a que el libro de Jonás es casi pura historia. Y hay una razón para ello, que creo que es algo más que la licencia creativa del autor. La gran parte de la historia es una acusación contra Jonás. Es una acusación de lo que Jonás debería haber sido, pero no fue. Y no me refiero a un buen esfuerzo pero un poco por debajo de lo que debería haber sido. Quiero decir que él era el polo opuesto de lo que debería haber sido como creyente, ¡sin mencionar como predicador! Era reacio. Era rebelde, es petulante, malhumorado. Y suena horrible decirlo, pero es la triste realidad: Era un racista. Como señaló un pastor: "Si Jonás hubiera sido Moisés en la zarza ardiente, habría derramado agua sobre las llamas".

No tienes que ir más allá del versículo tres del libro para ver eso. De todo el pueblo de Israel, Dios lo escogió y lo llamó. "Jonás, te elijo a ti. Eres mi hombre. Levántate y ve a la gran ciudad de Nínive y predica contra ella". Y Jonás se levantó y se fue, pero...¡En la dirección opuesta! Nínive estaba directamente al este de él. Tarsis, el destino del barco que subió, estaba

directamente al oeste. De hecho, lo más al oeste que se podía ir en el mundo conocido en ese momento: ¡España, la Península Ibérica! Jonás se levantó, se levantó y huyó. ¿Puedes ser más reacio a tu misión, a tu llamado, a lo que Dios quiere que hagas? ¿Hay algo más rebelde y equivocado que hacer exactamente lo contrario de lo que Dios te dijo, lo que te llamó a hacer - y eso con un llamado tan maravilloso como anunciar salvación a los perdidos?

Es peor de lo que crees. Cuando indagamos en el motivo de Jonás para huir, nos da náusea. Descubrimos que Jonás, el creyente, el predicador, no estaba huyendo de su misión en Nínive porque tuviera miedo de los ninivitas. Oh, claro, la nación de Asiria, de la cual Nínive era la capital, tenía una bien merecida reputación de crueldad. Eran conocidos por su extrema violencia y barbarie. Despellejaban a sus enemigos, empalaban cráneos en postes. Pero Jonás no huyó porque tuviera miedo de los ninivitas. No corrió en la dirección opuesta porque sintió que Dios lo estaba enviando en una misión suicida. Huyó de su misión y de su llamamiento porque tenía miedo de la gran compasión del Señor por los ninivitas. ¡Jonás temía que su predicación funcionara para convertir y salvar a los ninivitas! Jonás lo admite casi al final del libro. En el capítulo 4 dice que huyó no porque tuviera miedo de que le cerraran las puertas en la cara, o de que se burlaran de él, o algo peor. ¡Huyó porque tenía miedo de que Dios tuviera compasión de los ninivitas y obrara a través de su predicación para salvarles, una gente que Jonás no creía que valiera la pena salvar! Jonás, el creyente, el pastor, huyó de su misión y de su vocación porque se negó a ser el instrumento de salvación de Dios para un pueblo que despreciaba. "Señor, si quieres que los ninivitas se salven, vas a tener que buscarte otro profeta para hacerlo. ¡Yo no voy!"

¡Vean! Este hombre, el creyente, el profeta de Dios, necesitaba que Dios lo matara sin terminar con su vida, y luego que resucitara de entre los muertos. Sólo después se daría cuenta de su propia necesidad de la misericordia que estaba tan decidido a negar a los ninivitas. Luego, habiendo recibido la misericordia salvadora, experimentado la resurrección milagrosa que Dios realizó para librarlo de la muerte. Solo después sería el hombre que Dios quiso y lo llamó a ser: un hombre que amó mucho porque había sido perdonado mucho. Un hombre de convicción y celo por la palabra de Dios, un hombre encendido para ser un instrumento de misericordia, amor y salvación para todas las personas, incluso y especialmente sus enemigos.

Bueno, adivinen qué: Eso es exactamente lo que Dios hizo. En una misericordia implacable y escandalosa, Dios rastrea a Jonás. Dios es como un sabueso celestial. Jonás no puede alejarse del Dios de la misericordia salvadora y del amor, por más que lo intente, hombre, el Señor viene tras él con un ciclón. Jonás se quedó dormido en el barco, a pesar de la tormenta. El Señor envió a un capitán para despertarlo. Jonás se negó a arrepentirse y confesar. El Señor controló las suertes que echaron los marineros, identificando a Jonás como el culpable delante de todos. El Señor simplemente lo perseguía con su misericordia salvadora. Entonces, ¿qué sucedió? Jonás trató de huir de la misericordia del Señor una vez más. "Me sacrificaré por mi propio pecado. Tírenme al mar, y la tormenta se calmará", dijo a los marineros. Y el Señor es demasiado misericordioso para dejarlo perderse. A medida que Jonás se hunde, se enreda en las algas marinas y tiene su experiencia cercana a la muerte de ahogarse. Viendo lo que realmente es estar atrapado en las fauces de la muerte, se da cuenta de su propia necesidad: él

tratando de expiar su propio pecado fue una tontería, y ahora no quería morir. Ciertamente, no como rebelde. Recordando al Dios a quien sirve, al Dios de la misericordia y del amor milagroso y salvador, «**En mi angustia te invoqué... Desde el fondo del abismo clamé a ti...** Y fue justo en ese momento, Dios lo salvó. Fue tragado por un gran pez.

Jonás, el creyente, el predicador, necesitaba experimentar la Pascua. Necesitaba morir y resucitar. Sí, necesitaba que Dios lo matara y lo resucitara de entre los muertos. ¡Y también lo necesitamos todos los Jonás que estamos aquí esta mañana! Vean, Jonás no podía imaginar cómo Dios podría querer salvar a gente tan mala como los ninivitas. Simplemente no podía identificarse con ellos. No podía ver cómo su propia maldad podría haber sido diferente, pero no menos malvada, que la de ellos. No podía ver su propio pecado. No sé por qué. Lo que sé es esto: Una espiritualidad fría, cínica y crítica puede crecer silenciosamente en los corazones todos nosotros. ¿Sabes cuándo sucede? Sucede cuando olvidamos. Cuando nos olvidamos del desastre que fuimos. Tal vez porque Dios nos salvó de la oscuridad en las aguas del bautismo, cuando éramos bebés, así que ni recordamos lo profundo que era esa oscuridad. Y así que eres un Jonás que desprecia a los ninivitas: las malas madres. Los adúlteros. Los hipócritas. Los asesinos. Los de otro partido político. Oh, la ironía. Nosotros despreciamos a esos horribles fariseos a nuestro alrededor que siempre están despreciando a todos los demás. Escoge el pecado que más odias en los demás y habrás encontrado la Nínive con la que no puedes identificarte.

¿Sabes por qué somos tan propensos a ser como Jonás? Porque todos pensamos que merecemos la misericordia del Señor más que cualquier otra persona. Es increíblemente importante para nuestro ego pensar eso, porque entonces no tenemos que depender totalmente de la misericordia. Todavía podemos depender de nosotros mismos. Todavía podemos pagar por nuestros propios pecados con un buen acto u otro. Es por eso que los cristianos podemos ser los más ruidosos en las redes sociales gritando con odio sobre algún tema social. Es por eso que nosotros, que todos tenemos nuestros pecados, tendemos a ser los que condenamos más rápidamente los fracasos morales de los demás. Porque así podemos mantener nuestro manto de superioridad moral. Fue por eso que Jonás no pudo ir a Nínive. Significaría que Dios puede salvar a los peores. Significaría que las personas que nunca buscaron al Señor pueden ser encontradas por él. Implicaría que las personas malas, realmente malas, son las personas que al Señor le encanta encontrar y perdonar. Y eso nos convertiría a nosotros, y a Jonás, en uno de ellos. Y ¡eso es difícil de aceptar!

Necesitamos morir. Necesitamos que Dios nos mate y luego nos resucite de entre los muertos. Bueno ¿adivinen qué? Eso es exactamente lo que hace nuestro Dios. Matarnos sin realmente acabar con nosotros. De hecho, es lo que el Señor acaba de hacer a través de lo que acabo de predicarles. Dios expuso nuestro orgullo pecaminoso y, por lo tanto, nuestra total incapacidad para salvarnos a nosotros mismos. Aquí nos estamos hundiendo, hundiéndonos en el reconocimiento honesto: "Soy el peor. El primero entre los pecadores, eso es lo que soy". ¿Qué puedes hacer cuando ves ese ego orgulloso en ti que no te deja ser lo que Dios te llamó a ser? Grita angustiado desde el vientre de la tumba de la culpa: ¡Señor, fuente de misericordia, sálvame! ¡Y lo hace! ¡Lo hizo! Igual que respondió a Jonás de su tumba, nos responde de la

nuestra, y nos salva. El sabueso celestial te ha perseguido con una implacable y escandalosa misericordia salvadora. Él te ha perseguido toda tu vida hasta este mismo momento, para traerte aquí el domingo de resurrección, y salvarte de la tumba de tu culpa con la noticia de los increíbles y escandalosos extremos a los que ha llegado por ti, para librarte de la muerte. Oh, es asombroso. Es indignante. En el caso de Jonás: un hombre fue tragado por un pez. ¡En tu caso y en el mío, un hombre que también es tu Dios se tragó una ballena! ¿Sabes lo que Dios hizo por ti? Él usó el acto más rebelde de Jonás para señalarnos el único acto en la historia humana que no fue rebelde: el autosacrificio de su único Hijo. Toda la humanidad, tú, yo, nos estábamos hundiendo, hundiéndonos en un océano de egocentrismo, hipocresía, inmoralidad, asesinato y fariseísmo, y ¿qué hizo el Señor? Dios designó lo que Jesús llamó la señal de Jonás: "Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así también el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra" (Mateo 12:40). Y Cristo descendió por todos nosotros los Jonases. Se humilló y se hizo humano en el vientre de una virgen. Entonces, llegó el día en que él durmió en un barco en medio de una feroz tormenta, no para escapar, sino con perfecta confianza. Luego, cuando la tormenta de la ira de Dios era más feroz y peor para todo nuestro orgullo y pecado, Jesús se elevó a Dios en una cruz diciendo: "Estoy haciendo esto por todos ellos", y se arrojó al mar de la ira de Dios salvándonos a todos de ella. Cristo Jesús nos engulló a todos de la tormenta de la ira con su misericordia sacrificial que perdonó nuestra culpa. Entonces, como celebramos legítima y verdaderamente hoy, Jesús cumplió la señal de Jonás. Habiéndose tragado por completo todo nuestro orgullo y culpa mortal en el Calvario, Jesús se colocó detrás de la muerte, cerró sus brazos alrededor del vientre de la tumba, apretó, realizando la maniobra de Heimlich, obligando a la muerte a toserlo. ¡Y subió de la tumba! Y puedes estar seguro de esto: tu orgullo, tu culpa, tu pasado, todo eso, el poder del pecado y de Satanás que todavía se ejerce en tu presente, el infierno que habría sido en tu futuro, la tumba que todavía está, todo ha sido tragado en victoria. ¿Dónde, oh muerte, está tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, está tu victoria? El aguijón del pecado es la muerte. El poder del pecado es la ley, pero gracias a Dios nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Y funciona, esto de experimentar la Pascua. Que Dios nos mate y nos devuelva a la vida. Funcionó en Jonás. Desde el interior del vientre del pez, hizo algo que no había hecho en el barco. ¡Él oró! Reconoció y apreció la misericordia salvadora de Dios. Experimentó la resurrección al mirar con ojos de fe la resurrección futura de Jesús – y eso lo cambió. Era un hombre renovado, un hombre de segunda oportunidad para ser el hombre que Dios lo llamó a ser: un hombre con la misión de ser el instrumento de Dios de misericordia implacable y escandalosa, para todos, incluso para sus enemigos. **Pero yo, con voz de alabanza, te ofreceré sacrificios y cumpliré mis promesas. La salvación es tuya, Señor.** Jonás fue resucitado espiritualmente, y quise proclamar la salvación del Señor. Quiso hacer lo que Dios le llamó a hacer.

Vivir la Pascua ha funcionado en ti y en mí también. Jesús ha cumplido la señal de Jonás en ti y en mí. Al hundirnos y hacernos subir de nuevo en las aguas del santo Bautismo, Jesús ha vencido y echado por fuera nuestro pecado y nuestra muerte. Aquí estamos, gente nueva, gente cambiada, gente de segunda oportunidad para ser lo que Cristo nos llamó a ser. Aquí

estamos, escupidos de nuestra tumba sanos y salvos, salvados por Jesús. Y ahora, señalados por él en dirección a nuestra Nínive, ¡vamos! Cumplamos nuestro voto al Señor en su totalidad. Vamos a anunciar a todos la resurrección que hemos experimentado: ¡la salvación viene del Señor a través de Jesús! Porque ha resucitado, ¡en verdad ha resucitado! ¡Aleluya! Amén.

Bosquejo del Sermón

- I. Saludo pascual: ¡Cristo ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado!
- II. ¿Qué significa que Cristo resucitó? Un himno de Pascua nos dice que nuestro Redentor vive para...
 - a. Bendecirnos con su amor
 - b. Abogar por nosotros en lo alto
 - c. Silenciar nuestros temores, enjugar nuestras lágrimas, calmar nuestros corazones atribulados
 - d. Él vive para llevarnos sanos y salvos a la mansión que nos preparó por su muerte.
- III. ¡Y porque él vive, nosotros sus redimidos vivimos también!
 - a. Por las aguas del bautismo, pasamos de muerte a vida, toda gloria a su nombre
 - b. ¿Con qué propósito vivimos?
 - c. Si el himno sobre Jesús era sobre nosotros "Yo sé que mis redimidos viven," ¿cómo serían las estrofas?
 - d. Vivimos con Jesús... ¿para qué?
- IV. Vamos a ir contestando esa pregunta estos domingos de la Pascua.
 - a. Al responderla, nos sentiremos fortalecidos para cumplir los propósitos por los cuales fuimos resucitados.
 - b. Hoy, vemos cómo Jesús nos mata y resucita para proclamar su salvación.
- V. (Lee Jonás capítulo 2)
- VI. Tenemos que vivir la Pascua literalmente para ser útiles a Dios.
 - a. Quiero decir que todo creyente necesita morir y luego resucitar para ser usado por Dios.
 - b. Dios mismo tiene que matarnos y resucitarnos espiritualmente.
 - c. Si Dios no hace eso por nosotros, no seremos útiles ni a él ni a nadie más, al menos en la manera que más importa.
- VII. La historia de Jonás nos enseña eso.
 - a. Jonás necesitaba morir, ser ahogado, y resucitado para servir a Dios.
 - b. El libro del profeta Jonás no es tanto profecía como historia.
 - c. La historia de un profeta que era el polo opuesto de lo que quiso Dios.
 - i. Era reacio, rebelde, petulante, malhumorado.
 - ii. Suena feo decirlo, pero realmente era un racista.
 - iii. Dios en gracia le escogió a Jonás para ir a predicar a Nínive.
 - iv. Él subió un barco a Tarsis – lo más lejos en la dirección contraria que podía viajar.
 - v. Aún peor: Huyó no por miedo, sino porque no quiso que Dios salvara a los ninivitas.
 - vi. Los ninivitas eran conocidos por sus dioses falsos, violencia, y crueldad.
 - vii. Jonás pensó que ellos no merecían el perdón de Dios; por eso huyó.
 - d. Necesitaba Jonás que Dios matara ese Jonás rebelde para resucitar un nuevo Jonás.

- i. Solo después se daría cuenta que igual que Ninivé, él era pecador necesitando misericordia.
 - ii. Habiéndola recibida, experimentaría una milagrosa resurrección
 - iii. Dios lo cambiaría en la persona que siempre quiso que fuera: Uno que quiere proclamar las misericordias de Dios a todos, incluso sus enemigos.
 - e. Eso fue justo lo que Dios hizo para Jonás.
 - i. En amor, Dios rastreó a Jonás y lo persiguió en una tormenta.
 - ii. Jonás se quedó dormido, pero Dios envió al capitán para despertarlo.
 - iii. Se negó arrepentirse y confesar, así que Dios controló las suertes que indicaron su culpa.
 - iv. Aún así, Jonás huye de la misericordia de Dios y ofrece sacrificarse para tratar de pagar por su propio pecado y salvar a los demás.
 - v. Pero al ser tirado al mar, Dios le siguió a la profundidad
 - vi. Jonás, enredado en algas, se dio cuenta de su necesidad para perdón.
 - vii. Recordó la misericordia de Dios: **«En mi angustia te invoqué... Desde el fondo del abismo clamé a ti...»**
 - viii. En ese mismo momento, Dios lo salvó; le tragó un pez.
- VIII. Igual que Jonás, nosotros necesitamos experimentar la Pascua; morir y resucitar.
 - a. Somos todos Jonases.
 - i. Jonás no podía imaginar como Dios podría salvar a gente tan mala como los ninivitas.
 - ii. No se creía tan malo él, no podía ver su propio pecado, o lo consideró menos que los de otros.
 - iii. Crece en nosotros la misma actitud: Una espiritualidad fría, cínica, y crítica.
 - iv. Sucede cuando olvidamos las profundidades de nuestro propio pecado de las cuales Dios nos ha salvado.
 - v. Menospreciamos a los demás, como:
 - 1. Los padres irresponsables, adúlteros, borrachos
 - 2. Los de otro partido político, los homosexuales
 - vi. Nos creemos mejores que ellos, y los menospreciamos igual que Jonás menospreció a los ninivitas por su crueldad.
 - b. Somos como Jonás, porque igual que él, pensamos que merecemos la misericordia de Dios más que otras personas.
 - i. Así concluye el ego, para creerse en parte su propio salvador
 - ii. Todavía merecemos, todavía podemos hacer algo para salvarnos.
 - iii. Es por eso que los creyentes a veces somos los que más fuertemente nos quejamos de la maldad del mundo, sin ver la nuestra.
 - c. Por eso Jonás no pudo ir a Ninivé-
 - i. Implicaría que Dios ama a los peores, salva a los más malvados.

- ii. Siendo salvo él, tendría que confesar que él era igual de malvado que ellos.
- IX. Necesitamos que Dios nos mate y nos resucite, y eso es justo lo que Dios hizo y hace por nosotros.
 - a. Dios acaba de hacer eso con este mensaje; expuso nuestro orgullo pecaminoso, nuestra total incapacidad de salvarnos a nosotros mismos.
 - i. Nos hundió en el reconocimiento: "Yo soy el peor de los pecadores."
 - ii. Lo único que podemos hacer es gritar de la tumba de nuestro pecado: "Señor, en tu misericordia, sálvame."
 - b. Igual que Dios respondió a Jonás y le salvó, nos salvó a nosotros también.
 - i. Nos persiguió con su amor implacable
 - ii. Hoy nos salva de la tumba del pecado con las mejores noticias.
 - iii. Jonás fue tragado por un pez; Jesús, un hombre y a la vez nuestro Dios, se tragó una ballena, la ballena de nuestros pecados.
 - 1. Dios usó la historia de Jonás como figura de lo que Jesús hizo por nosotros.
 - 2. Toda la humanidad, tu y yo, estábamos hundiendo al infierno por nuestros pecados.
 - 3. Cristo bajó del cielo para salvarnos.
 - 4. En la cruz, se hundió al infierno que nosotros merecíamos, así pagando por todos nuestros pecados.
 - 5. Por su sacrificio, Dios nos perdona.
 - 6. Luego, cómo Jonás volvió al tercer día, Jesús resucitó al tercer día también.
 - iv. Su resurrección nos asegura que...
 - 1. Nuestros pecados realmente fueron tirados al fondo del mar y perdonados.
 - 2. La muerte fue tragada por Jesús, y nos de vida eterna.
- X. Morir y resucitar con Cristo nos cambia.
 - a. Cambió a Jonás...
 - i. Desde el vientre del pez, oró y recordó y apreció la misericordia salvadora de Dios.
 - ii. Experimentó la resurrección al ver con ojos de fe la futura resurrección de Jesús.
 - iii. Y renovado, fortalecido, cumplió su misión: **Pero yo, con voz de alabanza, te ofreceré sacrificios y cumpliré mis promesas. La salvación es tuya, Señor.**
 - iv. Proclamó la salvación del Señor.
 - b. Nos cambia a nosotros también.
 - i. Jesús cumplió la señal de Jonás en ti y en mi.

- ii. Nos hundió en las aguas del bautismo y nos resucitó a una nueva vida perdonada.
- iii. Venció y echó fuera el pecado y la muerte.
- iv. Cumplamos nuestro voto a Dios; proclamemos la salvación del Señor.
- v. ¡Por qué Cristo ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado! Amén.